

## CAMBIAR LAS ACTITUDES Y PRÁCTICAS PERSONALES ESPECIAL REFERENCIA A ESPAÑA.

«Toda razón es vana cuando la necesidad acucia»  
François de Bois-Robert

La nueva estrategia «Cuidar la Tierra» es un monumento al racionalismo tecnocrático con el que despedimos el presente siglo XX. Fruto de un análisis mucho más profundo y como complemento de la «Estrategia Mundial para la Conservación» de 1980, abandona cierto lastre academicista que impregnaba a esta primera, y aborda sus objetivos desde un plano más realista, pragmático y verosímil. Lo ambiental, lo social y lo económico encuentran en el nuevo planteamiento su justa medida como elementos interconexos o inseparables de una misma realidad histórica, y las acciones que prevé van encaminadas en estas tres direcciones, pero con un propósito común: el mantenimiento de la vida en la Tierra. Es, sin duda, un documento excelente y oportuno.

«Cuidar la Tierra» surge pues de una experiencia previa y de una apertura de horizontes, de manera que los principios de una sociedad sustentable —es decir, aquella capaz de perpetuarse en el tiempo sin colapsar— pasan de ser tres a nueve, atendiendo a la múltiple sustentabilidad requerida: ecológica, económica y social. El sexto de estos principios —y del cual me corresponde ocuparme— parece ser más bien un requisito común que subyace y emerge de todos los demás, que un principio con entidad propia conceptualmente deslindable. «Cambiar las actitudes y prácticas personales» es una condición *sine qua non* se pueden desarrollar los otros principios (ver cuadro). Dicho de otro modo, la implementación de la Estrategia conlleva un cambio en la actitud de las personas sin el cual toda ella es inviable.

### Principios a favor de una vida sustentable

- 1.— Respetar y cuidar la comunidad de los seres vivientes
- 2.— Mejorar la calidad de la vida humana
- 3.— Conservar la vitalidad y diversidad de la Tierra
- 4.— Reducir el agotamiento de los recursos no renovables
- 5.— Mantenerse dentro de la capacidad de carga de la Tierra
- 6.— Cambiar las actitudes y prácticas personales
- 7.— Permitir que las comunidades protejan su propio medio ambiente
- 8.— Establecer un marco nacional para la integración del desarrollo y la conservación
- 9.— Crear una alianza mundial

Estamos hablando de cambios en un mundo dominado por las inercias, pero donde, sorpresivamente, se están produciendo los cambios más bruscos y acelerados que ha vivido la Humanidad en su historia reciente. Y cabe preguntarse si estos cambios son impuestos por las tensiones acumuladas en un proceso histórico y dialéctico, o si pueden ser provocados y dirigidos hacia fines concretos, como parece ser el caso que nos ocupa.

«Cuidar la Tierra» detecta muy acertadamente la necesidad de una nueva ética de vida sustentable; los individuos deben reconsiderar sus valores y modificar su comportamiento. No es poco lo que se pretende.

Ahora bien, metidos en el ámbito de la ética, yo me pregunto: ¿es lícito promover un cambio de esta índole o estamos incurriendo en un dirigismo contrario al principio de libertad?, ¿cómo se enfrenta la Estrategia a este dilema?, ¿será eficaz su planteamiento?. Estas preguntas invitan a cierta reflexión. Iré por partes.

\* \* \*

La Estrategia es consciente de que la sociedad debe alterar su escala de valores adoptando aquellos que guarden consonancia con la nueva ética de vida sustentable y rechazando los que son incompatibles. Para ello considera necesario difundir información sobre el modo de vida sustentable a través de campañas concertadas de mentalización y, de manera más permanente, a través de los sistemas educativos tradicionales y oficiales. El esfuerzo ha de ser múltiple e involucrar tanto a los gobiernos como a todo tipo de asociaciones comprometidas con el bienestar de la humanidad o la conservación de la vida en la Tierra. Así, por ejemplo, la organización que me honro en representar, la UICN, Unión Mundial para la Conservación, dedicará el presente trienio importantes recursos humanos y económicos a esta finalidad, y así seguirá haciéndolo en los años sucesivos al igual que otras muchas organizaciones internacionales no gubernamentales.

Las tres acciones que la nueva Estrategia destaca como prioritarias son excesivamente lacónicas en su enunciado, pero una lectura detenida del desarrollo de su contenido revela, sin embargo, que hay amplitud de miras y sabiduría a la hora de considerar los posibles medios y maneras de plasmar estas acciones en las diferentes culturas. La educación formal es, lógicamente, el núcleo principal de atención, pero no se minusvalora el papel que las tradiciones, canciones populares, símbolos, etc. pueden jugar en este contexto.

Por fin queda claro que el esfuerzo educativo ambiental es tan importante en los países desarrollados como en los del Tercer Mundo. No se trata de enseñar a los niños a reconocer los árboles y las mariposas, o a emplear el fuego correctamente en el campo. El reto estriba en hacer comprender a todas las personas, niños y adultos, la forma en que se manejan o consumen los recursos naturales y como reacciona el medio a las perturbaciones del hombre, y sus consecuencias. Siempre he pensado que los supermercados y los basureros de las ciudades son las mejores escuelas de educación ambiental. Es precisamente en los países desarrollados, enganchados al consumismo y despilfarro de recursos, donde la educación ambiental ha de tener un mayor impacto.

#### **Acciones prioritarias**

Acción 1.— Asegurarse que las estrategias nacionales para la sustentabilidad incluyan acciones para motivar, educar y equipar a los individuos para llevar una vida sustentable

Acción 2.— Revisar la situación de la educación ambiental e incorporarla como parte integral de la educación formal a todos los niveles.

Acción 3.— Determinar las necesidades de capacitación y entrenamiento de una sociedad sustentable y planificar el modo de que sean cubiertas.

\* \* \*

La nueva Estrategia considera a la educación ambiental como la auténtica llave hacia la sustentabilidad, y me parece del todo honesto el intentar provocar un cambio social a través de la educación; es decir, que las personas, conocedoras y conscientes de la situación, opten libremente por un modelo distinto de sociedad. Cabe también la posibilidad de que las intenciones de un principio se desvirtúen y lo que debería ser un sistema de información aséptico derive hacia un programa de conformación de la sociedad. Estos riesgos son reales y se perciben incluso en el texto de la propia Estrategia. Así, por ejemplo, se puede leer que «los medios de comunicación deben de ser enrolados como aliados en la promoción del cambio social». Este es lenguaje más propio de campañas y "cruzadas". Cierto es que «Cuidar la Tierra» sienta las bases de lo que podría ser una nueva cruzada de la Humanidad, pero también da suficientes argumentos a los más exaltados con los que podrían justificar una intervención en pro del bien común, pero sin que nadie se la haya pedido (¿ecofascismo?). Ya no es tiempo de redentores y por muy grave que sea la situación ambiental del planeta, solo la vía democrática legitima la imposición de restricciones a la libertad de las personas. Me temo que las fronteras de la democracia en el futuro próximo serán ecológicas. El tema no es baladí.

El modelo de sociedad capitalista basado en el consumismo y la crematística hace aguas desde el punto de vista ecológico. Además, la caída estrepitosa del modelo comunista ha agravado la situación por cuanto vuelca la atención de medio mundo hacia el único modelo que se mantiene en vigor como panacea —sin oposición ni alternativa— y sin percatarse de que dicho modelo es elitista y que el planeta no resistiría el advenimiento de una gran masa de consumidores al estilo occidental.

Mirando al futuro, si uno es capaz de concebir un escenario en el cual la totalidad, o incluso la mitad, de los nuevos planteamientos de «Cuidar la Tierra» fuesen realidad, se encontraría con un modelo de sociedad muy distinto del actual; tan distinto que de darse seguramente se podría hablar de una auténtica «Revolución Ambiental» de repercusión análoga a la industrial del siglo XIX. Creo sinceramente, que en «Cuidar la Tierra» subyace un modelo de sociedad diferente y novedoso, que no ha sido explicitado convenientemente, ni se ha estudiado desde el punto de vista político. Y es muy posible que para que sean eficaces los planteamientos de «Cuidar la Tierra» se requiera un modelo político distinto de los actuales y más eficiente en el contexto que nos movemos.

La democracia es el sistema político menos malo con el que nos venimos entendiendo los países civilizados y el modo en que legitimamos las acciones de nuestros dirigentes. Pero los mecanismos electivos democráticos suelen limitar el horizonte de las acciones (y "cosecha" política) a periodos cortos de 3 ó 5 años, del todo insuficientes en el marco ecológico, que opera siempre a medio y largo plazo. Hoy por hoy y en igualdad de condiciones, si de dos candidatos uno ofrece más bienestar y abundancia frente a otro que promulga renuncias y restricciones en aras de generaciones futuras o en solidaridad con países lejanos, es obvio que este último lleva las de perder. Mucho tendrían que cambiar la mentalidades y los valores de la sociedad para votar mayoritariamente al segundo candidato. Y es precisamente a los dirigentes —como bien resalta la Estrategia— a quienes más corresponde el grueso de su implementación; implementación que incluye la educación y sensibilización ambiental sin la cual no es probable que se modifique la intención de voto, con lo que "nuestro" candidato quedaría eliminado. Es el cuento de la pescadilla que se muerde la cola y más de uno nos preguntamos si el ritmo potencial de cambio insito al sistema democrático está realmente en consonancia con el ritmo con el que se está deteriorando la situación ecológica y perspectivas de la vida en el Planeta.

Con todo, es la vía más razonable y honesta disponible, y a ella debemos acudir en tanto no se conciben nuevos modelos políticos o se modifiquen los actuales, de modo que salven este escollo. Ciertamente es que las mancomunidades internacionales ofrecen órganos colegiados donde la toma de decisiones se aleja del día a día y de la política acomodaticia que subyuga a los gobiernos estatales. En ellos se puede abordar el tema ambiental en su justa perspectiva. Pero no es menos cierto que estas organizaciones son pocas, lentas y limitadas geográficamente. Sería ilusorio pensar en ellas como los agentes promotores del cambio.

De todo lo expuesto, parece que la propia eficacia de la Estrategia está en entredicho. «Cuidar la Tierra» es esencialmente fruto de un planteamiento científico, y las acciones que de él se derivan han de ir por la vía doble —y lenta— de la racionalidad y la legitimación de las acciones. Una utopía, hermosa y grande sin dudas, cuyo verdadero valor radica en haber señalado el camino correcto. Lleguemos o no a «salvar la Tierra», lo importante es que ya sabemos hacia donde orientar nuestros pasos a partir de mañana mismo.

De todas maneras, y pesar de que alguien definía a un pesimista como un optimista con datos, creo que el cambio social que propicia la nueva Estrategia está más próximo de lo que se puede anticipar sobre bases estrictamente racionales y endógenas al sistema social. El cambio de actitudes personales, que es el meollo y motor de todo cambio más general —salvo en las dictaduras, y debemos descartar las ecodictaduras— no solo se produce sobre bases racionales. Es más, creo que en adultos rara vez se produce de este modo. La racionalidad es una rareza en los sistemas sociales y, en general, los planteamientos racionalistas tienen algo de laboratorio, donde las condiciones experimentales se simplifican. En la vida real siempre hay rozamientos, inercias y procesos no lineales. Son el amor y el miedo, por ejemplo, mucho antes que la razón, mejores artífices del cambio en las actitudes personales.

Hay pueblos racionalistas y previsores en los que la precisión y eficiencia forman parte de su idiosincrasia y la buscan en todo lo que emprenden. Y hay pueblos intuitivos, vividores, capaces y felices de cohabitar con un nivel alto de "chapuzas", sin preocuparse mucho de planificar lo que debe ocurrir, cosa que además, hacen mal. Tal vez «Cuidar la Tierra» ha pasado por alto esta sutil diferencia y basa su estrategia demasiado en la planificación. No se trata simplemente de instruir al ignorante. Si cuando explicamos los hechos y sus repercusiones futuras nos enfrentamos a alguien que nos responde con un «que me quiten lo bailado», resulta más apropiado hablar de cambio de mentalidades, que de actitudes personales, ya que éstas son consecuencia de aquéllas.

Quiénes vivimos en España recordaremos el fenómeno del Dr. Félix Rodríguez de La Fuente, una persona a la que debemos el respeto y cambio de mentalidad de una generación de jóvenes —y no tan jóvenes— en relación con la Naturaleza. Ello tiene especial relevancia en un país que por razones históricas y de religión ha venido dando mayor valor a las cosas hechas por el hombre frente a las cosas naturales del entorno que existen sin mediar su intervención. El conocimiento de la naturaleza y ciencias afines ha estado tradicionalmente marginado de la cultura oficial, excesivamente sesgada hacia la Humanística. ¿Qué hizo Félix para cambiar esta situación?. Sin menospreciar el valor educacional de sus programas televisivos, Félix fue fundamentalmente un gran seductor. No era el dato o la imagen, sino la pasión con la que lo transmitía lo que hacía mella en el espectador, en su corazón, no en su cerebro. Por eso, creo que los programas de

«seducción ambiental» son complementarios y a veces preferibles a los de «educación ambiental» en particular en pueblos como los mediterráneos, donde la tradición racionalista es más bien un esnobismo reciente.

El Parlamento de Canarias acaba de aprobar una Ley de símbolos de la Naturaleza para las islas Canarias (Ley 7/1991, de 30 de abril). Cada isla cuenta ahora con un animal y una planta que las representan y a ellos referirán los escolares en sus redacciones, o los encontraremos en el protocolo de las instituciones u otros eventos, creando un vínculo de proximidad hacia algo que tradicionalmente ha sido ajeno o un mero telón de fondo, la Naturaleza. Creo en este tipo de acciones por su sencillez, repercusión y fácil acceso.

La educación formal es indudablemente a la que corresponde garantizar a largo plazo ese cambio de mentalidad tan necesario. Pero ahí tenemos el ejemplo de España, un país moderadamente civilizado y en el que todo esto que aquí se expone no es la primera vez que se dice. En 1987 hubo una "cumbre" de la Administración Central y el Gobierno para discutir los problemas ambientales de España, y aunque el documento que de ella salió lleva por título «Hacia una política integral del medio ambiente», si algo quedó claro con todo ello, es el concepto y aproximación no integrado que se tiene al respecto. Los problemas ambientales se siguen concibiendo como

Art. 3.4 de la Ley 4/1989, de 27 de marzo, de conservación de los espacios naturales y de la flora y fauna silvestres.

*« Las Administraciones competentes promoverán la formación de la población escolar en materia de conservación de la naturaleza, incluyendo su estudio en los programas de los diferentes niveles educativos, así como la realización de proyectos educativos y científicos, todo ello en orden a fomentar el conocimiento de la naturaleza y la necesidad de su conservación»*

meramente sectoriales y se atienden en función de lo candente o explosiva que pueda resultar una situación concreta. Tampoco se han notado mucho los efectos del pulso de preocupación ambiental que supuso una «cumbre» promovida a estos niveles, y casi podría decirse que España viene limitándose a cumplir con los requisitos medioambientales que emanan de la Comunidad Europea, y la educación ambiental no es aún objeto de gran atención comunitaria. En muchos sectores de la Administración española se la sigue considerando todavía como una suerte de "instrucción" ambiental sobre cómo comportarse en las excursiones al campo los fines de semana, o en aprender a distinguir los árboles y pájaros del jardín más cercano. Las alusiones legislativas a la educación ambiental son escasas y parcas (ver cuadro), a menudo desorientadas y, en general, con poco o nulo desarrollo ulterior. Y conste que hay personas en este país perfectamente conscientes del contenido y auténtica envergadura del reto de la educación ambiental. Lamentablemente, son minoría y los más nadan contracorriente en una Administración inhóspita y sorda, cada vez más "trabada" con los asuntos urgentes, mientras deja pasar los importantes.

Los esfuerzos de las asociaciones conservacionistas tampoco han cristalizado como sería deseable, pero han conseguido que lo ambiental suene en los medios de comunicación, aunque generando sentimientos confusos y a veces contrapuestos. Es duro decirlo, pero en España el medio ambiente no ha pasado de ser una muletilla electoralista o el exceso de ruido, desarreglos o basuras que una persona es capaz de percibir por sus propios sentidos y a escala meramente individual. Así lo demuestran las encuestas, aunque

queramos pensar lo contrario.

\* \* \*

Decía poco más arriba, que el amor y el miedo provocan mayores cambios en la actitud de las personas que las elucubraciones intelectivas sobre lo que racionalmente se debe o no se debe hacer. Y también decía que el cambio deseado por la Estrategia está más próximo de lo que cabe prever.

Siempre he entendido la civilización como la progresiva conquista de nuevas escalas en una doble dirección; del individuo a las partículas subatómicas por una parte, y de otra, del individuo y su ambiente corporal, al entorno inmediato de la cueva, la tribu, la nación, etc. Esta progresiva escalada en la dimensión espacial lleva aparejada un repercusión de escala equivalente en el medio. El impacto ambiental del hombre ha pasado de su entorno más inmediato o próximo al cual podía responder, a la escala global de toda la Tierra. Los cambios climáticos, el agujero en la capa de ozono, etc., todo parece indicar que la especie humana está afectando al macrosistema terráqueo, desbordando así su propia capacidad de control. Tampoco se conocen bien los mecanismos de homeostasis que rigen a este nivel de supersistema; pero es seguro que los hay, como corresponde a todo sistema natural, y la Tierra lo es. Pienso que serán los propios mecanismos de regulación del sistema los que se anticiparán a las acciones de enmienda del hombre, si es que realmente llegamos a preverlas.

Chernóvil fue un escalofrío que recorrió el espinazo de toda Europa. Un «susto ambiental» de los que poco a poco iremos oyendo más: las inundaciones en Levante, la catástrofe del Rin, la mortandad en el Sahel, etc. Las sequías y otras "calamidades" ambientales serán progresivamente más frecuentes y más intensas. El informe de Naciones Unidas «Nuestro Futuro Común», planteaba escenarios con «refugiados ambientales» expulsados de su país por un medio ambiente deteriorado, inhóspito, o incluso tóxico.

No se interpreten estas líneas como los devaneos de un catastrofista que no soy, en absoluto. Simplemente, pienso que los «sustos ambientales» harán más por un cambio de mentalidad, que toda la programación racionalista que seamos capaces de desarrollar. Quiero con esto decir, que probablemente el cambio social que promueve la Estrategia no será un logro voluntario del hombre, sino que tarde o temprano vendrá impuesto por el propio medio. El temor hace reaccionar a la masa y la clase política dirigente es extraordinariamente sensible al sentir general, sea este racional o completamente atávico. Es así como creo que se romperá el círculo vicioso que antes comentábamos. La propia Naturaleza acabará con el estado de inopia o frivolidad ambiental en que viven aletargados la mayoría de los países, y el hombre podrá, si no coger las riendas, ser al menos partícipe de su propio destino.

Parafraseando a Jean Rostand, creo que podemos ser optimistas sobre el futuro del pesimismo.

*Antonio Machado Carrillo*  
Consejero Regional de la UICN